
Larry W. HURTADO, *Destructor de los dioses. El cristianismo en el mundo antiguo*. Título original: *Destroyer of the gods* (2016). Traducido por Francisco J. Molina del original inglés, Salamanca: Sígueme («Biblioteca de Estudios Bíblicos», 155), 2017, 288 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-301-1958-5.

Cuando con tanta frecuencia se olvidan las raíces de la civilización occidental, resulta refrescante encontrarse con una obra que muestra con notable equilibrio el papel que la religión cristiana ha desempeñado en la configuración de una serie de conceptos sobre el modo de relacionarse con Dios que hoy se dan por supuestos y que sin embargo supusieron una radical novedad hace dos mil años. ¿Podríamos hablar de «Dios», así en singular, con la naturalidad que se habla hoy en día –para confesarlo o negarlo– sin el nuevo modo en que los cristianos se dirigieron al Dios de Israel y se enfrentaron a un mundo plagado de dioses? El libro de Hurtado sugiere poderosamente que no. Pero no es ésta su intención inmediata. La finalidad de su obra es mostrar la originalidad del cristianismo no sólo en relación al mundo religioso en el que nació y se desarrolló, sino hacerlo también desde el punto de vista epistemológico, es decir, preguntándose qué tenía de atrayente cuando era muy poco ventajoso aceptar la nueva fe, dado lo no habituales e incluso extrañas que eran sus propuestas.

La presente obra está escrita con una metodología histórica, pero tiene amplias implicaciones teológicas. Está dirigida no sólo a especialistas, sino a un público más amplio, interesado en los orígenes cristianos. Con todo, las notas a pie de página sirven tanto de apoyo a las afirmaciones que se vierten como de referencia para quienes deseen profundizar en las cuestiones discutidas. En todo caso, también por la buena pluma del autor, la obra se lee con sumo gusto y facilidad.

El libro se divide en cinco capítulos que vienen precedidos de una introducción y se cierran con una breve conclusión. En un breve apéndice final el autor ofrece unas consideraciones sobre la historia del cristianismo desde la perspectiva académica que se inició con las conferencias de Edwin Hatch sobre *La influencia de las ideas y costumbres griegas en la iglesia cristiana* (1888) y que fueron publicadas en 1907, señalando algunos hitos en la historia de esta investigación (e.g. Reitzenstein, Bousset). Los oportunos índices de citas bíblicas, fuentes antiguas, autores modernos y temas completan la obra.

En la introducción (pp. 13-30) el autor presenta su propuesta metodológica que parte de «los rasgos del cristianismo primitivo que hicieron de él algo extraño, o cuanto menos llamativo, en el contexto de la Roma antigua» y que «se convirtieron después en características propias de todas las culturas en las que el cristianismo ejerció su influjo» (p. 30).

El primer capítulo, algo más breve que los otros cuatro, lleva por título «Cristianos y cristianismo primitivo a los ojos de los no cristianos» (pp. 31-60). En él Hurtado presenta cómo los primeros seguidores de Cristo eran percibidos por sus contemporáneos. El repaso incluye las reacciones judías a las afirmaciones judeocristianas y la crítica pagana del siglo II, singularizada en los testimonios de Plinio, Galeno, Marco Aurelio, Luciano y Celso. De especial interés y más detallado es el análisis de la carta de Plinio a Trajano y el de la figura de Celso. En todo caso, lo que a Hurtado le interesa por el momento es plantear algo que estará implícito en el resto del libro. Si por los testimonios de los contemporáneos se puede constatar que las prácticas cristianas provocaban un rechazo, debemos preguntarnos e intentar explicar qué tenía de atractivo esta nueva fe y cuáles eran las razones por las que merecía la pena convertirse al cristianismo cuando la única «ganancia» era incomprensión e hostilidad.

El capítulo 2, «Un nuevo tipo de fe» (pp. 61-114), se inicia con unas consideraciones sobre lo que se entiende hoy y lo que se entendía en los siglos I y II d.C. por «religión». El autor lo contempla como un requisito previo para comprender la singularidad revolucionaria del cristianismo primitivo que dio un nuevo sentido a este término. En un mundo lleno de dioses, que coexistían pacíficamente sin entrar en competencia, Hurtado muestra que la actitud cristiana hacia ellos, considerados ídolos que se debían rechazar y a quienes no se podía ofrecer sacrificios, suponía una ofensa de impiedad ante los ciudadanos del Imperio. A la vez, la fe y prácticas cristianas participaban de la tradición bíblica en la que había nacido, en lo que se refiere al carácter exclusivo que tenía en ella el culto al Dios de Israel, pero añadían una novedad: la veneración extraordinaria que se daba a Jesús, conforme a un patrón que Hurtado ha estudiado con detalle en obras previas y que denomina «diádico». Según este modelo «Jesús quedaba vinculado de una manera singular con Dios, al que a veces en el discurso cristiano primitivo se llamaba “el Padre”» (p. 104).

Bajo el título «Una identidad diferente», el tercer capítulo (pp. 115-152) se ocupa de cómo el cristianismo va más allá de lo étnico en cuanto componente fundamental de la identidad religiosa que dominaba entonces. El autor

sostiene que la religión cristiana no sólo traspasaba fronteras nacionales y de raza, sino que también era diferente de aquella otra identidad extendida entonces que trascendía lo local y lo étnico y se manifestaba entre otras cosas en el culto al emperador. Además, frente a la adhesión voluntaria a los cultos místicos (como por ejemplo los vinculados con Mitra o Isis) o a una escuela filosófica –adhesión que iba más allá de una identidad religiosa étnica o meramente sociológica– Hurtado subraya cómo el cristianismo exigía una lealtad exclusiva a su Dios y rechazaba cualquier otro culto. Los cristianos se definían por una fe y unas prácticas identitarias, que, además de reconocibles externamente, venían definidas por el papel que Cristo desempeñaba en ese culto. Tal era su importancia que «cristiano» vino a ser el término por el que sus seguidores fueron conocidos, junto con otros términos como «hermanos», «creyentes», «santos», «discípulos» y de manera particular «asamblea» (*ekklesía*). En definitiva, la identidad cristiana no dependía de una etnia ni obligaba al converso a abandonar sus raíces familiares o sociales, sino que se fundaba en la forma de relacionarse con el Dios uno y su Hijo Jesucristo, el Señor.

El cuarto capítulo, «Una religión “libresca”» (pp. 153-204) toca otro de los temas queridos al autor. Hurtado considera que el papel primordial e innovador que ocupan los textos en la fe cristiana es también uno de los rasgos característicos del cristianismo en relación a los grupos religiosos circundantes. Muestra la importancia que tenía la lectura comunitaria –que también se extendía al ámbito privado– en cierta continuidad con la praxis sinagoga. La lectura formaba parte del culto, en el que se leían y comentaban las Escrituras de Israel y otros textos específicamente cristianos. En los tres primeros siglos surgen además numerosas obras que no entran a formar parte de la lectura litúrgica y que muestran el interés de los primeros cristianos por la palabra escrita. Tal era el interés por la lectura que cristalizó en unas prácticas de producción de libros propias, caracterizadas por un tipo de formato –el códice– que hasta entonces era poco utilizado y se empleó sobre todo para obras consideradas Escrituras, y por el tratamiento especial de unas palabras de contenido teológico capital –los llamados *nomina sacra* (originalmente «Dios», «Señor», «Jesús», «Cristo»)–, que dieron lugar a una cultura visual y devocional.

El último capítulo, «Una nueva forma de vida» (pp. 205-256), se centra en la praxis social y la conducta como elementos distintivos de los primitivos cristianos. Después de señalar algunas de las costumbres ampliamente extendidas en época romana como contexto en el que nació y creció la nueva religión (abandono infantil, luchas de gladiadores y otros espectáculos), Hurtado

se sirve de la *Carta a Diogneto* para presentar cómo los cristianos debieron adaptarse y distinguirse de ese mundo. La conducta cristiana en relación al sexo, al matrimonio y a los niños que se promueve en los escritos paulinos y otros textos primitivos no sólo chocaba con la praxis mayoritaria, sino también se distinguía de la que promovían algunos filósofos paganos o de la que podían vivir algunos grupos religiosos locales (como el representado por una inscripción aparecida en Lidia). Las exhortaciones neotestamentarias a la asamblea de la iglesia doméstica, en la que convivían esposos, padres y amos, esposas, mujeres y niños, libres y esclavos, son también una novedad en la época. Lo innovador era considerar agentes morales a los miembros de cada grupo. A todos ellos y no sólo a alguno se les exhortaba a llevar en cuanto creyentes una conducta determinada (en este caso conforme a la fe en Cristo).

Al final de la «Conclusión» (pp. 257-263), Hurtado señala lo que se ha propuesto con su obra: «Al poner de manifiesto la singularidad del cristianismo de los tres primeros siglos, espero que nuestra comprensión histórica de este periodo tan apasionante de la Antigüedad se haya visto mejorada, y, sobre todo, nuestra valoración del extraordinario movimiento religioso que —el único de los muchos movimientos religiosos que nacieron en la época—, ha sobrevivido como una fuerza viva a lo largo de los siglos» (p. 263). Estas palabras confirman que el libro no es una obra apologética, si bien, evidentemente, nadie se acerca al pasado y escribe una obra histórica sin una comprensión previa. Hurtado tampoco. Los apologetas podrán servirse de muchos de los datos aquí reunidos para apoyar lo que les interese probar. Pero lo que aquí se ofrece es una presentación honesta de un conjunto de datos que convergen en una pregunta que corresponde al lector contestar: ¿qué tenía esa nueva religión que mereciera ser abrazada cuando implicaba ser rechazado y no ofrecía ventajas aparentes? Hurtado no responde directamente. Pero tampoco lanza su pregunta sin más, sino que presenta pistas muy interesantes para que el lector saque sus propias conclusiones.

En este sentido cabe quizá una consideración final, que, desde luego, escapa al esquema que el autor se ha propuesto desarrollar. ¿Hasta qué punto los primeros cristianos tenían conciencia de contar con la asistencia del Espíritu del Señor Jesús y en qué medida esta conciencia era novedosa en relación a otros grupos religiosos de la época? Hubiese sido muy interesante un capítulo o un apartado dedicado a ello, para dar una respuesta más completa a la pregunta que plantea el autor. Pero, obviamente, todo no se puede tratar en un solo libro.

En definitiva, debemos agradecer a la editorial poner a disposición de los lectores de habla española esta obra sobre un periodo fascinante y que está ahora muy en boga (muestra de ello son las diversas obras que tocan cuestiones que aparecen aquí, aunque con muy distinto enfoque, como, p. ej., las recientes de Kreider o Ehrman). Las expectativas del lector no quedarán defraudadas.

Juan CHAPA

John M. G. BARCLAY, *Paul and the Gift*, Grand Rapids: Eerdmans, 2015, xvi + 656 pp., 16,5 x 24, ISBN 9780802875327.

No es muy aventurado, tres años después de su publicación, reconocer en el libro de Barclay una obra de especial relevancia en el estudio de la teología de san Pablo. El mismo Autor presenta su exposición como un paso adelante en la investigación, tras la *New perspective* abierta por los estudios de E. P. Sanders y continuada por autores como J. D. G. Dunn o N. T. Wright. Por otra parte, aunque su enfoque es primordialmente bíblico y literario, Barclay propone un acercamiento a la cuestión que incluye aspectos filosóficos, históricos y teológicos, que hacen posible una mejor comprensión de las distintas interpretaciones que la teología paulina ha recibido a lo largo de la historia.

Junto a las últimas corrientes de interpretación de san Pablo, el Autor tiene presente en todo su discurso la visión moderna (y occidental) del don como «puro don», es decir, como algo que es entregado sin esperar nada a cambio. Una de las posiciones centrales del libro es que esa concepción es ya un gran obstáculo para comprender los textos del apóstol, así como los del Judaísmo de su época. En efecto, no era ésa la noción que operaba en las culturas antiguas. El libro de Barclay comienza recorriendo las ideas del conocido ensayo de Mauss (*Essai sur le don*), así como las de otros estudios centrados en el mundo grecorromano, para intentar reconstruir lo que, en la época de san Pablo, implicaba la noción de *don* (pp. 11-51). Su principal conclusión estriba en que se consideraba, en aquel momento, que el don debía ser correspondido. Además, se pensaba que no era correcto conceder dones a cualquiera, sino que era preciso acertar con los destinatarios. Precisamente esas características del don lo convertían en un instrumento para establecer alianzas y otras relaciones